

# Los nombres botánicos y la toponimia en la provincia de Jaén

*Por Gabriel García Guardia  
Catedrático*

LA significación del nombre de nuestros pueblos y aldeas, montes y navas, ríos y senderos es, con frecuencia, ignorada por los usuarios de su denominación. Con este trabajo nos adentramos tímidamente en ese intrincado mundo que es el de los orígenes toponímicos, dedicando nuestro esfuerzo a una pequeña parte de ellos: los que poseen una relación, aunque sea somera con la flora.

El motivo de nuestro estudio no es otro que resaltar la importancia de la toponimia botánica giennense, analizando su variado origen y algunas de sus peculiaridades; incluyendo en la toponimia cualquier nombre geográfico de núcleo de población, colina, arroyo, accidente geográfico, etc. Es también el motivo que guió a C. Barrado en su tesis al señalar como objetivo fundamental «... ver si los topónimos referidos a la flora corresponden a las características de la flora de la zona, con lo cual, no se trataría de nombres puestos al azar sino alusivos a un carácter de paisaje y flora dominante y real».

La toponimia, de todos es conocido, sirve al historiador como auxiliar indiscutible en la metodología de su ciencia histórica. Lo expresó claramente Oliver Asin: «Téngase en cuenta que los topónimos, aunque sean pocos los que se estudien, dicen a veces lo que no dicen los documentos». Sirve también al filólogo para comprender cómo un pueblo adapta o modifica los nombres, en este caso de origen botánico, a los sonidos propios de su idio-

ma, los transforma haciéndolos incluso evolucionar. Así lo afirma Menéndez Pidal: «Los nombres de lugar son viva voz de aquellos pueblos desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y que por tradición ininterrumpida llega a nuestros oídos en la pronunciación de los que hoy continúan habitando el mismo lugar, adheridos al mismo terruño de sus remotos antepasados; la necesidad diaria de nombrar este terruño une a través de los milenios la pronunciación de los habitantes de hoy con la pronunciación de los primitivos». De esta forma es bastante probable que en nuestra provincia el pueblecito de *Charilla tenga* su origen en «Sarilla», nombre dado en la región a varios tipos de tomillos y mejoranas; y que *Ortihuela* sólo sea un diminutivo de Ortiga.

Pero sirve la toponimia también al naturalista que espera encontrar en las cercanías de un lugar justamente el hecho fitográfico descrito en su topónimo. Lo señala Lapesa al resaltar que la toponimia es «algo más que un vasto repertorio de fósiles; más también que un depósito de nombres vacíos... La toponimia es índice de la relación entre el hombre y el suelo. Nos dice cómo el lugar ha sido visto y sentido por sus habitantes».

Aquí nos interesa más destacar la ayuda que el estudio de la naturaleza y en especial de la flora puede prestar a la investigación toponímica. Los topónimos de origen botánico en nuestra región no son una rareza, sino más bien, una constante. En este sentido afirma Hubschmid que «Todo topónimo que no deriva de un nombre de persona o de un gentilicio fue primitivamente, o lo sigue siendo hoy, un nombre común», nombre común que se refiere a hechos como madera, jardín, tablas, mata, etc., que son base abundante de topónimos giennenses como río Madera, Collado de los Jardines (junto a Aldeaquemada), Casa de las Tablas (a la entrada del Tranco) y Llano de la Mata (al Sur de Castellar).

La afirmación de que la mayoría de nuestros topónimos tienen un origen botánico no debe hacernos caer en los errores en que sucumbió la vascofilia paroxídica de Goitia, que llega a ver en todas las ciudades españolas un origen y significado claramente eusquérico y sus pretensiones enonímicas le llevan a relacionar



casi todos los topónimos con una derivación del nombre de la vid. Dice, por ejemplo, que *Alcaudete* procede del vasco Alk-a-u-ete, que significaría «los grandes viñedos». En este término municipal los viñedos brillan por su ausencia. Afirma que *Cazorla* significa (Gaz-or-lar), «Prado de frondosas hayas» y todo iniciado en la botánica sabe que las hayas no bajan nunca de la latitud carpetana. No obstante caer en estos y otros pasionales alegatos a favor de su idioma, adivina la importancia del reino vegetal como denominador de zonas, valles, comarcas y ríos; afirmando con la rotundidad apasionada que caracteriza su obra que «todas las plantas originarias de la cuenca mediterránea y aun en Europa poseyeron nombre eusquérico». Humildiza estas opiniones en su renglón último y afirma, concidiendo con nuestro criterio, que es preciso el examen botánico del terreno para asegurar o desechar muchas de sus proposiciones.

Aquí precisamente es donde la ayuda del naturalista se hace más necesaria, ya que como dice Pop: «los pueblos han dado nombres característicos a las plantas que habitan en su contorno y que resultan atractivas, sea por sus propiedades y por su uso, sea por la singularidad de sus formas o de su vegetación. Cada lengua, cada región, cada pueblo ofrece, pues, un elenco de nombres populares botánicos...» y estos nombres, base de topónimos, son vulgares y tan propios de la región o de la lengua del ámbito que un estudio «in situ» es necesario y nunca sustituible por un diletantismo filológico de gabinete. Es el caso de la palabra «Tobazo», que en nuestra provincia está bien representado: *Dehesa del Tobazo*. Este topónimo nos acerca a uno de los derivados de la palabra «Toba», la cual con sus variadas acepciones le haría dudar al estudioso en toponimiogénesis si se trata de un lugar cuya geomorfología está edificada sobre toba caliza o si en él abundan los cardos borriqueros del género *Onopordon*, también denominados «Tobas» y «Tobazas». Solamente la visita de un naturalista al lugar en cuestión diagnosticará el origen de su nombre.

En nuestra región los trasiegos repobladores han cambiado, mezclado y alterado los topónimos y es preciso buscar con detalle los diferentes orígenes idiomáticos, la forma en que nombra-

ban las especies vegetales en las regiones patrias de los pobladores de la nuestra, para comprender el significado, a la vez que el origen, del nombre que hoy damos a nuestros núcleos rurales y urbanos. Consta, por ejemplo, que Alfonso X latinizó bastantes topónimos árabes a medida que realizaban su reconquista.

Un problema próximo lo presenta el topónimo *Castellar*, pues podría afirmarse no posee origen fitológico, ya que solamente en el norte de España se le denomina así al *Androsaemum officinale*, planta que según cita de Rivas Goday, llega en su corología hasta Sierra Morena y sus oripiés; además de la opinión de Llorente, que asegura que «el cerro así denominado lo es por la presencia de algún poblado prehistórico o fortificación antigua». Sin embargo, los variados eventos históricos de nuestra región y en especial las mareas étnico-dinámicas que han recorrido nuestra provincia en varios sentidos, tal vez permitieron que la voz septentrional se filtrase hasta Andalucía. Aquí pues, la colaboración del naturalista y el historiador es imprescindible para un estudio en profundidad.

El origen árabe de algunos topónimos está bastante claro, como es el caso de los hidrónimos. Algunos han pasado a ser nombres de pueblos como es el caso de *Guarromán*, de «Guad», que significa río y «román», derivado de «Rumanatum», nombre árabe del arbusto que científicamente se denomina *Punica granatum* y en castellano es el ganado. Por tanto, el nombre de este municipio giennense sería «río de los granados». Para muchos este origen es también el de un pequeño pueblo que tiene por nombre *Romilla* y que se encuentra en plena vega granadina, próximo a la ciudad de Granada y, como se ve, muy relacionado nomenclaturalmente con ella.

Por otra parte existen en Jaén localidades que conservan con inalterabilidad manifiesta su conexión lingüística con fenómenos fitológicos o botánicos, dándonos muestra de la fuerza con que los nombres, su pronunciación y su estructura arraigaron y persisten en la cotidiana referencia a los lugares.

Un caso frecuente es la repetición de nombres de semejante referencia vegetal a lo largo de una región cuya geobotánica se



mantiene dentro de una cierta constancia. Tal es el ejemplo del topónimo «*Carrasca*», nombre del *Quercus coccifera* L., que en la provincia de Jaén se repite más de una decena de veces desde las proximidades de *Alcaudete* hasta *Torres de Albánchez*. Aquí nuestro ejemplo basta para no estar de acuerdo con Seguy cuando afirma «Un topónimo botánico es evidentemente el signo de la presencia, actual o pasada, en un lugar dado de cierto vegetal..., la planta puede encontrarse totalmente aislada, y sirve para designar el lugar, justamente a causa de su carácter insólito». «Inversamente una planta frecuente en un gran territorio no aparecerá en la toponimia local, siendo demasiado general para ser considerada como característica».

Como quiera que en estos casos la referencia nomenclatural es directa hacia las especies vegetales que concuerdan en los lugares homónimos, la geografía histórica se encuentra con cierta incapacidad de dar luz sobre esas semejanzas nomenclaturales, y es la descripción botánica, junto con la geomorfología, las que han de explicar el por qué de tales peculiaridades, demostrando su origen en los detalles descriptivos comarcales.

Al examinar el legado de los geógrafos y viajeros antiguos, vemos que en sus periplos por el sudeste español, aún lo variado del mismo, encontraron paisajes semejantes entre sí, que en sus ojos, la mayoría de las veces no demasiado analíticos, serían identificables y así nos los refieren con idéntico topónimo. Un ejemplo es *Marchal*, que según Corominas, significaría el lugar donde se encuentra el «Margo», «Almarjo» o «Almajo», nombre de una planta barrillera propia de los terrenos margosos, endorreicos y salobres. Este topónimo aparece muy repetido, no tanto en nuestra provincia como en las limítrofes, llegando a otras regiones españolas de similar flora a la nuestra, como es *El Armachal*, en el p.j. de *Tarifa* (Cádiz) y hasta a Francia en el departamento de *Cantal*, distrito de *Mauriac*, en pleno valle del *Tarentaine*.

Con el tratamiento de este topónimo es necesario aludir, y resulta curiosa la alusión, a las diversificaciones que una misma palabra puede tomar, y que un estudio no demasiado minucioso confundiría incurriendo en identificaciones toponímicas falsas,

que por desgracia resultan frecuentes en demasía. Dice Corominas que del mismo vocablo hispano-árabe «Margo» deriva «Almarjo», que como hemos dicho es el nombre vulgar de la *Salicornia fruticosa* L., y se relaciona con el vocablo árabe-magrebí «Marg» que significa marjal, terreno pantanoso.

Sin duda tienen los dos temas nominales unos significados próximos, pues la fitosociología da para el Almarjo una ecología idónea en los lagunachos endorreicos. Pero refiriéndonos a su paternidad topográfica, el primero dio «Almarcha»: población situada en una vega o tierra baja, de cuyo nombre deriva, por ejemplo *La Almarcha*, municipio de la provincia de Cuenca, junto a la laguna de *Pozo Airón*, en el p.j. de *San Clemente*. El segundo dio «Marjal», cuyo significado ya conocemos y del que deriva, no sólo el topónimo *Marchal*, sino también el geotoporámico «Margoso».

Una dificultad en materia fitotopográfica acecha a los estudiosos y exploradores del material nomenclatural relacionado con el paisaje y es la degradación e incluso destrucción de éste, con lo que la identificación del topónimo y la geobotánica quedan desdibujadas, difusas y a veces difícilmente explicables. Hemos de pensar, por ejemplo, en la existencia pretérita de hermosos y bellísimos bosquetes de alisos junto a *La Aliseda* (cerca de *Santa Elena*). Por estos parajes, y debido principalmente a las repoblaciones los padres vegetales del topónimo correspondiente hoy sólo se observan mermados y decrepitos.

Una excelente prueba de que el uso de una voz puede extinguirse con la degradación de la vegetación es el topónimo *Nebreda*. Su utilización fue frecuente, según Font Quer en el Noroeste de la provincia de Jaén, cuando a ese lugar llegaban las asocietas de *Juniperus thurifera* L. orospedanos. «Enebro» es el nombre vulgar de este bellissimo y antiguo árbol y de él deriva «Nebro» y el colectivo «nebreda». Desde que el botánico González Albo lo encontró en la localidad de *Puente Génave* no ha sido visto en aquella zona, y con su paulatina desaparición la utilización del topónimo ha ido cayendo en el olvido.

En muchas ocasiones la nominalidad de un lugar no está tanto en la vegetación espontánea como en el cultivo predominante.



Así los terrenos llanos que tienen un aprovechamiento máximo para la agricultura suelen poseer núcleos rurales cuyo nombre está claramente emparentado con el cultivo que explotan. Hay casos en que al desaparecer aquéllos, queda su recuerdo unido a la toponimia del lugar, facilitando la historia agrícola de la región. Claro ejemplo pueden ser Haza del lino, Haza del trigo, etc.

Las especies arbóreas suelen ser acaparadoras, tal vez por su talla conspicua y fanerismo acentuado, de la atención de los denominadores de lugares y pagos, y con frecuencia son utilizadas en adición a otro nombre anterior o próximo. Basten como ejemplos *Baños de la Encina*, *Bélmez de la Moraleda*, *Higuera de Calatrava* e *Higuera de Arjona*.

Los vegetales de talla humilde y porte criptomorfo acceden a la toponimia bajo la condición de comunidad o asociación, así las *Ventas del Carrizal* (junto a *Castillo de Locubín*) nos muestra los «carrizos» del río *San Juan*, *Collejares* (cerca de *Quesada*) es especialmente rico en la «colleja» denominada científicamente *Silene inflata* L., que crece en masas primaverales densísimas y el pueblo de *Hinojares* (próximo a *Pozo Alcón*) está rodeado de múltiples matas de «hinojo» que procesionan los senderos cercanos.

También las asociaciones monoespecíficas, arbóreas o arbustivas son preferidas como nominadores a sus representantes aislados. De este modo *Noguerones* (anejo de *Alcaudete*), *Acebuchar* (junto a *Carboneros*) y *Retamar* (en el término de *Bélmez*) son preferidos a las palabras «noguera», «acebuche» y «retama». En cambio para las cortijadas es frecuente que el nombre botánico esté en singular. Ejemplo son *Atocha*, *Madroño* y *Tuja*; cortijadas de *La Guardia de Jaén*, *Martos* y *Jódar*, respectivamente.

Qué duda cabe que el poético amor a la naturaleza es la causa primordial que induce a un pueblo a perpetuar nombres vegetales en su toponimia. El poblado de *Rosales* (junto a *Quesada*) puede servirnos de ejemplo, aunque son bastante llamativos también *Encina hermosa* (pago de *Castillo de Locubín*) y *Roblehermoso* (pico de 1432 metros en *Iznatoraf*).

Precisamente en nuestra provincia existen bastantes orónimos de origen botánico. Además del anterior es digno de citarse el

pico *Cambrón*, de 1550 metros en el municipio de *Siles*, ya que su origen puede estar en varios de los vegetales llamados «Cambrón» o «Cambronera»: *Genista lobelli*, *Lycium europaeum*, *Rhamnus lycioides*, etc. De ellos sólo el primero abunda en esta serrezuela límite entre nuestra provincia y la de *Albacete*.

Además, como decíamos al principio, llevan nombre botánico los caseríos, caminos, puertos, navas, cañadas, ríos y bastantes accidentes geográficos giennenses. Baste como ejemplo el *Barranco de las Adelfas*, en *Bedmar* y el *Arroyo de los Fresnos* en *Torres*.

Un capítulo totalmente opuesto a éste que hoy tratamos, es el que se encarga de estudiar los casos en que los nombre de lugar ya establecidos han servido como toponomástico para denominar las especies vegetales que por su endemismo son propias de ese lugar, por supuesto que adecuando las terminaciones y la latinización del topónimo para no infringir las normas toxonómico-nomenclaturales establecidas en botánica.

En *Jaén* no hay casos de un topónimo que denomine un género vegetal, pero sí existen bastantes denominaciones específicas derivadas de nuestros topónimos provinciales. Debido, sin duda a que, como dicen Fernández Galiano y Heywood, «por su especial situación de lazo de unión entre el sur y el centro de la península, ha sido la provincia de *Jaén* una de las más visitadas por los botánicos que se han dedicado a la flora española» y que han descubierto en ella buen número de especies vegetales; han querido homenajear la toponimia giennense adjuntándola al ontófito por ellos descrito.

Puede considerarse que el pionero en estas dedicatorias fue M. Gandoger (1850-1926), el cual en 1902 y en el número correspondiente del «Boletín de la Asociación Francesa de Botánica», dedica a la «violeta de Cazorla» el nombre válido internacionalmente de *Viola cazorlensis*.

Ya bien entrado este siglo, en los años veinte, nuestro gran botánico C. C. Lacaita (1853-1933) repetiría el topónimo de la Sierra de Cazorla en una orquidea propia de aquel lugar y que pasó a llamarse *Orchis cazorlensis*. Por aquellos años el farmacéutico



de Segorbe, C. Pau (1857-1937), inauguraría otra denominación más general, creando la *Rosa giennensis* para una planta propia del Macizo de Mágina. Esta forma fue utilizada también por su discípulo P. Font Quer (1888-1964) en la labiada *Sideritis giennensis*.

Desde entonces habrá que esperar a los años cincuenta, en que las visitas botánicas del entonces profesor de botánica de *Liverpool*, V. H. Heywood, cristalizarían en las descripciones nuevas para la ciencia de *Geranium cazorlense*, *Erysimum cazorlanum*, *Aquilegia cazorlensis*, *Astragalus giennensis*, etc.

Han existido muchas más denominaciones botánicas relacionadas con la provincia de Jaén, pero no ya exclusivas. Citaremos sólo el caso de *Jasione marianica* de M. Willkomm y *Digitalis mariana* de É. Boissier, ambas dedicadas a la cordillera mariánica o Sierra Morena, donde fueron encontradas.

La serie de localidades y casos que aquí se han presentado es necesariamente imperfecta y precisará de la adición paulatina de muchos topónimos que yacen en el diario decir de los lugareños y que ni los mapas y catastros más minuciosos recogen.

La lista bibliográfica que se adjunta, sin pretender ser completa, puede ayudar en esta interesantísima labor de relación toponimia-botánica de nuestra zona.

## BIBLIOGRAFIA

- AEBISCHER, *Estudios de Toponimia y lexicología románica*, Barcelona, 1948.
- AGUD QUEROL, M., *Alba, Topónimo preindoeuropeo*, I Congreso Internacional del Pirineo, Inst. Est. Pirenaicos, C. S. I. C., Zaragoza, 1952.
- ALPERA, LI., *Los nombres trecentistas de botánica valenciana en Francesco Eximenis*, Valencia, 1968.
- AMENOS ROCA, A., *Etimología dels pobles de la Comarca d' Igualada*, Centro de Estudios Comerciales de Igualada, Igualada, 1957.
- ANDRE, *Lexique des termes de botanique en latin*, París, 1965.
- ASIN PALACIOS, M., *Contribución a la toponimia árabe de España...*, Esc. de Est. Arab. Gran., C. S. I. C., Madrid, 1940 y 1944.
- ASIN PALACIOS, M., *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán* (s. XI-XII), Esc. de Est. Arab. Gran., C. S. I. C., Madrid, 1943.
- BADIA, *Contribución de la Botanique a la Toponimie*, Actes et Mémoires du Troisième Congrès International de Toponymie & d'Anthroponymie, 3, 525-546.
- BARRADO BELMAR, M. del C., *La flora en la toponimia de Castilla la Nueva*, Fac. Fil. y Letr. Univ. Comp., Madrid, 1974-75.
- BENAVIDES MORO, N., *El interrogante de las Murias*, Rev. de Dialectología y Tradiciones Populares, 15 (3), 250-258, Madrid, 1959.
- BLAZQUEZ, A., *La persistencia de los nombres geográficos a través del tiempo*, homenaje a Menéndez Pidal, 3, 269-279, Madrid, 1925.
- CABALLERO, F., *Manual geográfico administrativo de la Monarquía Española*, Madrid, 1844.
- CABALLERO, F., *Nomenclatura geográfica de España*, Madrid, 1834, facsímil en Biblioteca de Filología Hispánica, Barcelona, 1978.
- CARMODY, F. J., *L'Espagne de Ptolómeé. Toponymie preromaine. Etude linguistique...*, Berkeley (California) & Abbeville (France), 1973.
- CARO BAROJA, J., *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946.
- CASARES SANCHEZ, J., *Divertimentos filológicos*, Espasa Calpe, 2.ª ed., Madrid, 1947.
- CASTILLO, R. del, *Gran diccionario geográfico estadístico e histórico de España y sus provincias...*, Barcelona, 1889-94.



- CEJADOR Y FRAUCA, J., *Toponimia hispánica hasta los romanos inclusive para cotejarla con la vascongada y completar la obra de HUMBOLT.*, Madrid, 1928.
- COROMINAS, J., *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, 3 vol., Gredos, Madrid, 1976.
- DANTIN CERECEDA, J., *Concepto presente de la región natural en Geografía*, homenaje a Menéndez Pidal, 3, 435-460, Madrid, 1925.
- DAUZAT, A., *La toponymie française*, Payot, París.
- DAUZART, A., *Les noms de lieux*, Delagrave, París, 1963.
- DUBLER, *Temas geográfico-lingüísticos*, Al Andalus, 8, 1943.
- FERNANDEZ GALIANO, E. & HEYWOOD, V. H., *Catálogo de plantas de la provincia de Jaén*, Inst. de Est. Gienn., Jaén, 1960.
- FLETCHER VALLS, D., *Algunas consideraciones sobre el nombre "tyris"*, Valencia, Scutabi 12, 53-59, Valencia, 1962.
- FONT QUER, P., *Diccionario de Botánica*, Labor, Barcelona, 1953 y 1973.
- GARCIA DE DIEGO, V., *Notas sobre el pirenaico*, actas de la reunión de toponimia pirenaica.
- GOITIA Y UNIVASCO, J. de, *España, ¿Ibérica o vasca?*, descripción toponímica de España, Bermeo, 1970.
- GUYOT-GIBASSIER, *Plantes: Les noms des plantes. Que sais-je?*, núm. 856, París, 1960.
- HUBSCHMID, I., *Toponimia prerromana*, Enc. Ling. Hisp. 1, 127-143, Madrid, 1960.
- INAM, Mahummad Abd-'Allah, *Toponimia árabe-española...*, Inst. Estud. Islámicos, Madrid, 1976.
- JUGFER, J., *Estudios sobre apellidos y nombres de lugar hispano-marroquíes*, Madrid, 1918.
- LAPESA MELGAR, R., *La toponimia como herencia histórica y lingüística*.
- LE FLAMANC, A., *Pinceladas de toponimia céltica*, Mataró, 1958.
- LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, A., *Toponimia e historia*, Univ. de Granada, 1969-70.
- LLUIS Y NAVAS-BRUSI, J., *Sobre el significado del topónimo ibérico "arse"*, Cesaraugusta 13-14, 129-132, Zaragoza, 1959.
- MADOZ E IBAÑEZ, P., *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...*, 16 vol., Madrid, 1845-50.
- MASCLANS, *El noms vulgars de les plantes a les terres catalanes*, Barcelona, 1954.
- MENENDEZ PIDAL, R., *Toponimia prerrománica española*, Gredos, Madrid, 1952.
- MOREU-REY, E., *Toponimia urbana i onomastica varia*, Palma de Mallorca, Biblioteca "Raixa", núm. 98, 1974.
- NEUVONEN, *Los arabismos del español en el siglo XIII*, Helsinki, 1941.

- OLIVER ASIN, J., *En torno a los orígenes de Castilla, su toponimia en relación con los árabes y los bereberes*, discurso de entrada en la Real Acad. de la Hist., Madrid, 1974.
- PARDO, L., *Vocabulario de nombres vulgares valencianos de la flora regional*, Anal. Cent. Cult. Valenc., año 3 fasc. 7, 1930.
- PEREDA, M., *Diccionario geográfico de España*, Barcelona, 1957.
- PIEL, J. M., *Toponimia germánica*, Enc. Ling. Hisp., Madrid, 1960.
- PODERON, M., *Diccionario estadístico del viajero por todas las provincias de España e islas...*, Granada, 1865.
- RAVADANES, A., *Revista Filológica Hispánica*, 53, Madrid, 1970.
- REVENCA CARBONELL, A., *Catálogo de las comarcas geográficas de España*, Inst. Geogr. y Catast., Madrid, 1960.
- RIERA Y SANS, P., *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones...*, Barcelona, 1881.
- RIVAS GODAY, S. & BELLOT, F., *Estudios sobre la vegetación y flora de la comarca Despeñaperros-Santa Elena*, Anal., Jard., Bot., Madrid, 1945.
- ROHLFS, G., *Aspectos de toponimia española. Studien zur romanischen Namenskunde*, Stud. Onom. Monac., 1, München, 1956.
- SANCHIS GUARNER, *De toponimia árabe-valentina*, Rev. Valec. Filol., 1, 259-71, Valencia, 1951.
- SANCHIS GUARNER, *El Mozárabe peninsular*, Encicl. Ling. Hispán. 1, 293-342, Madrid, 1959.
- SEGUY, J., *Toponymes du versant nord des Pyrénées d'origine botanique*, 1953.
- SEVER, P., *La dialectología*, París.
- SIMONET, F., *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Amsterdam, 1967.
- VERNET GINES, J., *Toponimia árabe*, Enc. Ling. Hisp. 1, Madrid, 1960.
- YAQUT AL-HAMAWI: *La España musulmana en la obra de .....* (s. XII-XIII), repertorio enciclopédico de ciudades, castillos y lugares de Al-Andalus..., Sem. Hist. del Islán, Univ. de Granada.